

Solemnidad de Santa Rosa de Lima (30-08-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Cuando festejamos esta fiesta, pero, en especial, de una santa como Santa Rosa, celebramos un don preciado de Dios que se nos ha dado en regalo. Una santa es un regalo de Dios que nos vino gratuitamente, incluso, sin merecerlo, en medio de unas situaciones muy complejas de la vida que, en el tiempo colonial, Rosa supo vivir y acoger.

Si desde muy pequeña fue educada por su abuela en la enorme sensibilidad al Cristo Crucificado, Rosa, simultáneamente, siguió no solamente las enseñanzas de la abuela, sino la profunda sensibilidad con que Dios la fue formando, como esa semilla que se deposita en la tierra y produce fruto en gran cantidad, tanto que se expande por todos lados. Ella era una santa mística, y místico significa alguien que vive intensamente el misterio de Dios en su vida. Y lo vive intensamente porque así el Señor, el Padre Celestial, nos envió a Jesús, lleno de sensibilidad por nosotros. Él, sabiendo que somos pecadores, nos amó hasta el extremo y nos llevó al camino de la salvación por medio del amor gratuito.

Un místico es un sensor de Dios, alguien sensible que se deja ganar y guiar por los sentimientos más profundos que Dios nos ha dado, que son, sobre todo, nuestro corazón y nuestra capacidad de amar. Por eso Rosa nos resulta significativa, porque mueve en nosotros todas las entrañas

de misericordia y la inteligencia para poder servir a los demás y a Dios según la voluntad de Aquel que nos creó, a su imagen y para ser semejantes a Él.

Rosa - como dice César Vallejo de Dios – mustiaba “un dulce desdén de enamorada”, debía “dolerle mucho el corazón”. Esa sensibilidad impresionante de Rosa la llevó no solamente a tenerla como imagen de aquella bellísima mujer que, simultáneamente, irradia ánimo porque habla con los mosquitos o está pendiente de las flores y del jardín, sino que también, contemplando el sufrimiento del Señor, lo contempla en las personas que sufren y se identifica con ellas. Esa es la única manera de entender algunos aspectos que muchas veces hemos considerado, según la psicología moderna, un poco “extraños”, pero que en una mujer sensible no lo son.

No se puede considerar como un problema psicológico - como algunos indican - una identidad con los que sufren. No es un simple maltrato del propio cuerpo, es una identificación a través del sufrimiento humano de cómo hay que prepararse para sentir lo que los demás sienten y para servirlos hasta la muerte. Rosa fue eso: una vecina sensible capaz de acoger los problemas y afrontarlos ayudando a los demás. De hecho, una de las cosas más fuertes que tuvo Rosa es su sensibilidad, sobre todo, aprendida en la ciudad con los angolese y las angolese para poderlos ayudar en situaciones en donde muchas veces, por ejemplo, las mujeres no tenían dónde parir y las cargaba y se las llevaba a su casa para que pudieran parir con salud.

Rosa, simultáneamente, viendo que en Quives los indios mitayos y también los negros en Lima llevaban cadenas, quiso ponerse una cadena, de la cual usó una llave en donde se la ponía y se la sacaba, pero para sentir lo que sufrían y sentían las personas que eran encadenadas y maltratadas. Rosa, por eso, desde muy pequeña, unió la sensibilidad al Señor Jesús y la pasión por la Cruz, simultáneamente, a las cruces que llevamos desde hace tiempo en el Perú, sobre todo de las personas que trabajan, que se ganan la vida diariamente, que sufren el maltrato, que sufren la persecución, la extorsión y tantas cosas que nosotros hoy día conocemos.

Es impresionante que, desde los 12 años, antes de ser confirmada por Santo Toribio, Rosa fue llevada por su madre a la oficina de su papá, el arcabucero mayor de Lima durante un tiempo que luego perdió ese puesto. Su mamá cuenta lo siguiente, repitiendo las palabras que Santa Rosa dijo:

«Llevola consigo... un día a la oficina en que se labraban los metales de plata, retirese Rosa y preguntándole si no le movía la curiosidad, respondió que no, que de los minerales se sacaba escasamente el oro de la virtud... Madre, dijo, estos son bienes mentirosos, tienen muchos achaques, y es la moneda que el mundo ofrece para perdernos; los del espíritu son los verdaderos, y en la voluntad nuestra tienen asegurada la duración, pues los tenemos siempre que queremos tenerlos»

Esto es sumamente importante. Ella debería colaborar con su papá en la mina y ella rechaza porque los metales

pierden a las personas, los enloquecen, como dice hoy día la primera lectura (Eclesiástico 3, 17-24). “Las locas ilusiones” enloquecen a las personas, la locura por el oro, por la ambición, por el dinero. por los puestos altos, por el poder. Y, simultáneamente, Rosa dice que esos minerales producen ***muchos achaques***, o sea, los dolores de la gente que trabaja.

Esta actitud de Rosa de distanciarse de un modo de trabajar al servicio del oro, del dinero, fue realizado desde muy pequeña. Rosa nos deja un legado de enraizamiento profundo de nuestra realidad y, por eso, es que la recordamos, porque nos ha tocado en lo más profundo, en la médula de nuestro ser peruanos.

Otra cosa importante es el testimonio que da la India Mariana sobre si Rosa es caritativa o no; si saben que fue mujer de gran caridad para sus prójimos compadeciéndose de sus necesidades espirituales y corporales. Y dice el testimonio de la investigación que se hizo para hacerla santa:

“A la pregunta diez y nueve = dijo que sabe, que era la bendita virgen de grande caridad y amor al prójimo, curaba a todos los que podía y para este efecto, los traía a su casa doliéndose de sus enfermedades, sin reparar que fuesen negros o indios, ni de enfermedades asquerosas. Cuando sabía que alguno estaba en pecado, hacia diligencia para sacarlo de él”...

Este es testimonio de la India Mariana, que era su compañera y amiga porque nacieron y crecieron juntas, es

sumamente importante porque la pregunta que le hacían era si era caritativa con su papá, con su mamá, con su tío, con su primo. Y Mariana responde que sí era caritativa con todos los que padecían enfermedades asquerosas. Y de una de esas enfermedades asquerosas, Rosa se contagió y murió.

Hoy celebramos el Día de las Enfermeras por eso, porque la sensibilidad de Rosa hizo que no solamente fuera hija del arcabucero mayor y custodio la ciudad, por lo que es patrona de la Policía Nacional sino, también, de las que son custodias de todos los enfermos y de toda la gente que sufre... es decir, de las enfermeras. Lo hemos comprobado y visto en todas las “Rosas” que son hoy día las enfermeras que ayudan en todas partes, incluso, con el riesgo de morir.

Por eso, hoy día, venimos a alegrarnos profundamente de esta sensibilidad. Y vamos a pedir a todos que meditemos si nosotros pudiésemos dejarnos tocar de esta manera por Dios, de tal manera que nos sensibilicemos y podamos construir ya las salidas a los problemas terribles que vivimos y conseguir realmente ser un país de esperanza para todo el mundo. Mucho más ahora que tenemos un papa peruano, porque es un papa peruano por amor, por sensibilidad con el Perú. Y se hizo peruano para decirnos a todos: hagámonos también, solidariamente, peruanos todos.

En este sentido, el camino de Rosa, de enorme sensibilidad, comienza por contemplar la Cruz. Ella se dejó interpelar por la Cruz, tanto por la enseñanza de su abuela, como por su propia sensibilidad.

Ella, en tres pasos, señala cómo es su camino de Dios en su vida. Primero, Rosa, contemplando la Cruz, afirma tener una primera merced, un primer regalo de Dios: *“Con lanza de acero me hirió y se escondió”*. En las imágenes que tenemos de ella, escritas por ella misma y hechas en origami, dice que esta primera merced significa que el Señor Crucificado la flechó, y ella se enamoró de Él. Pero ese Dios se escondió y no sabía dónde... y ella salió a buscarlo.

En el segundo momento de su vida, con otra imagen de un corazón atravesado, Rosa dice: *“el niño Jesús abrazó mi corazón”*. Es decir, ese Dios que la había flechado, en realidad, lo tenía en el corazón, se había escondido allí. Y, por tanto, el corazón se le puso como una brasa. No solamente la abrazó, sino que la llenó de fuego ardiente que quemaba sus huesos y que le daba esa sensibilidad.

Y, finalmente, el tercer momento que narra de su vida es el momento en donde esa irradiación profunda, ferviente de Jesús, termina construyéndole unas alas para estar siempre en camino de volar para Dios: *“Vuela para Dios, vuela para Dios”*. El corazón tiene unas alas muy lindas que ella supo dibujar. Este texto lo podemos tener a la mano porque la Pontificia Universidad Católica de Perú ha fotografiado esos textos.

Hermanos y hermanas, Rosa vivió una confusión muy grande a partir de que se sospechaba de todas aquellas personas que tenían este *raptus* místico profundo. A veces, hay esa espiritualidad media extraña de que las personas se distorsionan, hacían muecas y sentían como que Dios les aparecía. A eso se le llama una especie de “fe

espectacular”. Si bien Rosa no tenía nada de eso, en algún momento algunos sospecharon de ella porque era demasiado hondo lo que vivía. Por esa razón, a Rosa la obligaron a tener que declarar si lo que vivía era una cosa falsa o una cosa profunda y verdadera. La presionaron tanto que en un momento tuvo que expresar hondamente lo que vivió. Vamos a escucharlo:

“Cuando me siento como fuera de mí en aquel torbellino deshecho de obscuridades y sombras, llorando, me hallo de repente restituida en brazos de mi amado Esposo, como si de ellos nunca hubiera faltado, entre las claras luces de la unión primera. Siento unos impulsos ardientes de amor, como río o arroyo, que corre sin las prisiones del cauce que detiene su curso, con rápida y violenta corriente, buscando su descanso en la mar. Sopla luego apacible y fresca el aura de la gracia y comienza la tormenta gloriosa, a donde se anega el alma en aquel inmenso piélago de bondad y dulzura, y con transformaciones inefables se transforma en el Amado, deshaciéndose de sí y haciéndose una misma con Él”.

Esta intimidad profunda con el Señor es la que desbordaba en Rosa. Ella la acogió y, por eso, la tenemos siempre caritativa y servicial al servicio de nuestra ciudad y al servicio de todo el mundo. Que Dios nos acompañe tanto a la Policía Nacional como también a nuestras hermanas enfermeras para que la sensibilidad inunde todo nuestro ser y vivamos de acuerdo con la voluntad de Dios, que nos indica el camino cuando vemos el rostro de los demás y

respondemos de forma adecuada y justa y no por desesperación ni por ambición.

Que Dios los bendiga, hermanos de la Policía Nacional y hermanas enfermeras, y todos los invitados de las demás instituciones aquí presentes, tanto militares como civiles. Y el Señor nos bendiga siempre con Rosa para poder seguir todos nosotros haciendo su mismo camino.

Amén